



Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2021, **Beca Aberdeen**

© 2021, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Edith Gallego

Corrección

Mario Morenza

Portada y maquetación

Vasco Lopes

Impresión

Podiprint

Primera edición: Septiembre de 2021

ISBN: 978-84-18013-93-5

DL: B 14793-2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).



Beca Aberdeen

*La
Mirada
de
Callum*

Libro 2



Nova Casa Editorial



Índice

<i>Capítulo 1</i>	7
<i>Capítulo 2</i>	21
<i>Capítulo 3</i>	33
<i>Capítulo 4</i>	45
<i>Capítulo 5</i>	57
<i>Capítulo 6</i>	81
<i>Capítulo 7</i>	89
<i>Capítulo 8</i>	99
<i>Capítulo 9</i>	107
<i>Capítulo 10</i>	153
<i>Capítulo 11</i>	163
<i>Capítulo 12</i>	173
<i>Capítulo 13</i>	181
<i>Capítulo 14</i>	213
<i>Capítulo 15</i>	229

<i>Capítulo 16</i>	245
<i>Capítulo 17</i>	259
<i>Capítulo 18</i>	269
<i>Capítulo 19</i>	289
<i>Capítulo 20</i>	315
<i>Capítulo 21</i>	321
<i>Capítulo 22</i>	331
<i>Capítulo 23</i>	343
<i>Capítulo 24</i>	367
<i>Capítulo 25</i>	381
<i>Capítulo 26</i>	417
<i>Capítulo 27</i>	423
<i>Capítulo 28</i>	429
<i>Capítulo 29</i>	439
<i>Capítulo 30</i>	449
<i>Capítulo 31</i>	459
<i>Capítulo 32</i>	473
<i>Capítulo 33</i>	479
<i>Capítulo 34</i>	487
<i>Capítulo 35</i>	503
<i>Capítulo 36</i>	513
<i>Capítulo 37</i>	523
<i>Epílogo</i>	527



Un grito resonó en la madrugada a las afueras de la mansión Fairfax en el tranquilo pueblo campestre de Crawley. Tan humano y desgarrador que Amanda recordaba haber temblado al escucharlo en su infancia, segura de que se trataba de alguna mujer en apuros. No obstante, se había acostumbrado al sonido nocturno del zorro rojo y con los años había dejado de prestarle atención. Cuando el grito era explosivo y breve, como el que acababa de escuchar, se trataba de un macho advirtiéndole a su rival de su agresividad; mientras que cuando se tornaba complejo, solía ser una hembra en busca de pareja.

Amanda nunca se había detenido a pensar en la forma en que los animales a su alrededor se relacionan entre géneros. Al menos no hasta la llegada de Callum. En esos momentos, mientras oteaba el bosque a través de la ventana, no pudo

evitar preguntarse si los zorros de la campiña emitirían esos chillidos si uno de los géneros fuera eliminado.

Mary se revolvió entre las sábanas, percatándose de la presencia de Amanda en la penumbra de su dormitorio. Alzó la cabeza y miró hacia el sillón donde Amanda estaba sentada, bajo la ventana. Solo sus piernas estaban iluminadas por la brillante luna llena.

—¿Amanda? —exclamó la mujer con voz adormilada. Se incorporó, sacando las piernas de las pesadas capas de colchas y mantas. La noche era inusualmente fría para aquella época del año—. ¿Eres tú?

Mary encendió la lamparilla de gas que había sobre su mesita de noche y la alzó hacia la ventana, pestañeando para agudizar su visión. Descubrió, entonces, la presencia de Callum, sentado a los pies de Amanda y se echó hacia atrás de forma instintiva.

—No es necesario que lo temas, madre —la tranquilizó ella con voz ronca. Llevaba tiempo sin usarla—. Callum ya no está ahí dentro. No va a vengarse de ti si no sabe quién eres. Ni siquiera sabe quién soy yo o él mismo.

Mary soltó un largo suspiro relajando los hombros.

—Sabía que volverías —se limitó a decir la mujer, ajena a lo terrible y descorazonador que era lo que acababa de explicar Amanda.

Se levantó de la cama y se puso la bata atándose el cinturón con celeridad, sin apartar los ojos de ella.

—No deberías haberlo hecho —prosiguió, calzando sus pantuflas para evitar el frío del suelo.

Amanda entornó los ojos.

—No estoy segura de si te diriges a mí o a ti misma, madre —espetó. Sus uñas se clavaron en las palmas de sus manos, formando medias lunas.

—A ti, por supuesto —gritó Mary, perdiendo la compostura—. Tú eres la que ha allanado el andrónico y robado un siervo.

—Es mi siervo —replicó con tono de falsa tranquilidad—. No es eso lo que defiendes tan ferviente, el derecho de una mujer a su esclavo.

Mary inclinó la cabeza hacia un lado, recobrando la paciencia con su decepcionante hija.

—Sí, es tu siervo —concedió—. Nadie va a quitártelo ahora, pero no debiste sacar...

—¡Tú me lo has quitado! —bramó Amanda, logrando que su madre se encogiera, sorprendida. Hundió una mano entre los cabellos de Callum y zarandeó su cabeza con suavidad—. Esto no es él. Está vacío, no es Callum. Callum está muerto. ¡Tú lo has matado!

Mary tomó una inspiración profunda mientras la contemplaba con cautela, como si no supiera muy bien qué esperar de ella. Ver esa expresión en el rostro de su madre era una novedad que le gustó.

—Entiendo que te enamoraras, hija —comenzó con tono conciliador—. Sé que un hombre puede tener sus encantos al principio. Hazme caso cuando te digo que el embrujo no dura. Su forma de tratarnos degenera con los años, se vuelven fríos, crueles y violentos. ¿Querías llegar a eso con él? ¿No prefieres vivir con el recuerdo del romance?

Amanda tragó saliva, intentando recobrar el control de sus nervios.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a la abuela? —preguntó en tono quedo.

Mary dio un pequeño respingo como si la hubieran pinchado con un alfiler.

—¿El abuelo era un hombre encantador hasta que los años de matrimonio y el alcohol lo transformaron en un ogro? —presionó—. ¿Es eso lo que ocurría en todos los hogares o solo en el tuyo, madre?

Mary puso los ojos en blanco.

—No en todos, pero te aseguro que las estadísticas no están de su parte —rebatí, señalando a Callum. Dio un paso hacia ella—. Sé que no lo ves ahora, pero esto es lo mejor para ti, Amanda. Para todas nosotras. Los hombres solo traen violencia y degeneración; e incluso si fuera cierto que algunos son más templados, no merece la pena el sufrimiento que provocan los perversos como para traerlos de vuelta.

Era imposible razonar con su madre. Siempre había creído que Mary despreciaba a los varones, pero ahora entendía que era el miedo lo que motivaba sus acciones. Para ella todos los hombres eran su monstruoso padre, e imaginar vivir en un mundo lleno de ellos, la llenaba de pavor.

—Quiero que me entregues el antídoto —exigió, ignorando su perorata.

Los hombros de Mary se hundieron con su insistencia.

—No podría dártelo, aunque quisiera —explicó la mujer con serenidad—. Se me entregó una cantidad determinada para llevar a cabo mi experimento. No tengo ni idea de dónde procede o de su contenido.

Se levantó del sillón y se aproximó a su madre hasta que estuvieron a un palmo. Mary analizó su rostro, quizá evaluando lo alterada que estaba su hija debido al experimento.

—Mientes —determinó Amanda en tono quedo.

—Sé razonable, Amanda. Me costó mucho que aprobaran el experimento. ¿Crees que entregarían la fórmula del antídoto a cualquiera? Y menos con mitad de la población a favor de la liberación masculina. Es un secreto celosamente guardado.

Por mucho que Amanda deseara creer lo contrario, sabía que su madre no le mentía.

—Solías confiar en mí —se lamentó la mujer, buscando sus ojos.

Esa confianza estaba del todo muerta. Miró el rostro envejecido de su madre. La dignidad habitual con la que se conducía estaba mermada por el camisón y la trenza despeinada. O quizá era ella la que ya no sentía la misma admiración y respeto por su progenitora.

—¿Te arrepientes? —quiso saber Amanda.

—Me arrepiento de haberte escogido a ti —confesó la mujer tras un instante de silencio—. Nunca pensé que sufrirías por tu siervo. De haber sabido las consecuencias hubiera seleccionado a otra joven de Crawley. Tal vez debiera haber sido Jane.

Amanda esbozó una sonrisa triste. Siempre había tenido la sensación de que Jane era más como Mary que su propia hija. Siempre había sentido que su madre lamentaba la debilidad de Amanda, su falta de carácter.

—Jane hubiera denunciado al muchacho de inmediato —le aseguró Amanda—. En realidad, madre, escogiste bien.

¿Quién en Crawley es tan dócil y manipulable como para llevar a cabo tu plan sin ni siquiera saberlo?

Las cejas de Mary se alzaron en confusión.

—No te escogí por ser dócil, Amanda —la contradijo—. Te escogí porque siempre ha habido una valentía y una vena rebelde en ti que poca gente posee. Sabía que Callum te asustaría, pero que tendrías las agallas de enfrentarte a él, de intentar controlarlo y que eras lo suficientemente revolucionaria como para saltarte las normas y ocultar su estado.

Amanda abrió la boca sorprendida por la descripción de su carácter. Nunca hubiera pensado que su madre o nadie la crearían valiente y revolucionaria. Ella misma no se veía de ese modo. Le preocupaba demasiado agradar a los demás como para ser una rebelde. No obstante, los hechos hablaban por sí mismos. Amanda había ocultado a Callum, había mentido y había roto las normas para sacarlo del andrónico. Todo ese tiempo había creído que sus acciones eran fruto de sus sentimientos por Callum, como una reacción a él, pero... ¿Y si había algo en ella que no sabía que estaba ahí? Una rebeldía adormecida que había despertado con Callum pero que formaba parte de su carácter. Tal vez, albergaba más fuerza de la que realmente pensaba.

—¡Habéis regresado! —La alegría de la voz infantil interrumpió la conversación. Cassandra se asomó por el vano de la puerta de la habitación de su madre, despeinada y descalza, en el camisón blanco con el que dormía.

El suelo de madera humedecida crujió bajo los trotes de Cassandra al cruzar la habitación hacia ellos. A pesar del hielo que cubría su piel, sintió el cuerpo pequeño de su hermana, abrazándola. La forma familiar y el olor a leña quemada en el

cabello de su hermana, a quien le gustaba sentarse demasiado cerca de la chimenea, le trajo un vago recuerdo de su antigua vida. Despacio, colocó su mano en la nuca diminuta. Era el único gesto de cariño que su estado le permitía efectuar.

Cassandra se soltó de sus caderas y se abalanzó sobre Callum. A la niña le llevó apenas un instante darse cuenta de que el cuerpo inerte, de lo que una vez fue su amigo, no retornaba el abrazo.

—¿Callum? —susurró con su voz aguda, apartándose para mirarlo a la cara. El joven no se movió.

—¡No! ¡Callum! —chilló con horror, comenzando a derramar lágrimas con la desesperada facilidad de los niños.

Amanda pestañeó y con el gesto notó la humedad empañar sus mejillas. Al contrario de Cassandra, cerró los ojos y sollozó en silencio, escuchando su propio dolor en la voz de su hermana. Se dejó caer en el sillón y que los cortos brazos de la niña le rodearan el cuello, mientras sus llantos se entremezclaban.

Mary aguardó en silencio a que se desahogaran, pero tan pronto como se separaron, las miró con una combinación peculiar de empatía y condescendencia, que solo ella era capaz de conciliar.

—Sufrís por algo que no existe —expuso entonces—. Creéis que era vuestro amigo, pero los hombres muestran su mejor cara al principio. Después su carácter no cesa en degenerar tentado por los instintos más bajos. Incluso, al querido Callum le hubiera ocurrido de haber tenido la oportunidad de vivir libre. Creedme cuando os digo, yo que viví en un patriarcado, que es mejor guardar esa memoria idealizada que tenéis de él ahora que espantaros con el declive inevitable al que sucumbe su sexo.

La visión de la mujer a través de la humedad de sus ojos se hizo borrosa.

—¡Estás loca! —declaró airada y se levantó del sillón para dar varios pasos hacia ella—. Estás cegada por tus prejuicios y llevas años envenenándonos con ellos. No dirás una palabra más en mi presencia, ni en la de Cassandra.

Mary alzó la barbilla desafiante.

—No vas a censurarme en mi propia casa —respondió categórica—. Si no estás de acuerdo con mis ideas puedes marcharte. De todas formas, no quiero tener a una liberalista bajo mi techo.

—¡Mamá! —protestó Cassandra, corriendo para engancharse a su camión—. No digas eso. No pueden marcharse, acaban de llegar.

Amanda detuvo la discusión consciente de los sollozos que provenían de la niña y lo alterada que estaba ya con lo que le había ocurrido a Callum.

Mary suspiró, acariciando la cabeza de su benjamina y pareció recobrar la compostura.

—Esta es tu casa, Amanda, y siempre lo será; pero no pienso librar una batalla contigo cada día. Si quieres quedarte, es bajo la condición de que vivamos en paz.

Amanda soltó una risa nasal y sacudió la cabeza. ¿De verdad creía su madre que podría borrar todo lo ocurrido y empezar de nuevo como si nada?

—No habrá paz para mí hasta que logre salvarle.

Los hombros de Mary se hundieron, decepcionada con su declaración, pero no dijo nada más cuando Amanda la sorteó para salir de su cuarto.

—Ven conmigo, Callum —llamó al muchacho que permanecía sentado en el mismo lugar desde que entraran a hurtadillas.

Fue directa al despacho de su madre que olía a polvo y a libros viejos. Encendió la lámpara de gas que había sobre el escritorio de madera ya que la resplandeciente luna no ofrecía iluminación suficiente para lo que se proponía.

Le llevó horas revisar todo lo que su madre guardaba allí bajo la distraída mirada de Callum al que sentó en una de las sillas.

Bajo un pisapapeles de oro ribeteado, encontró cartas de ciudadanas de Crawley quejándose de eventualidades como goteras en la escuela o pillaje en los caminos hacia Horsham. En los cajones, halló documentos oficiales que su madre había traído para revisar en casa como planos de edificios públicos y permisos de construcción firmados por Mary, pero ni una sola pista de cómo había llevado a cabo su ardid con el andrónico y ni rastro de información sobre el antídoto. Tenía que tratarse de una sustancia administrada de forma oral, porque Amanda había estado casi en todo momento junto a Callum durante esas semanas de convivencia. Callum no era de guardarse las cosas para sí mismo, y si Mary se le hubiera acercado en cualquier momento, él lo habría compartido con Amanda. La única forma de que se lo hubiera administrado sin que ella se percatara, tenía que ser en las comidas.

Tras no encontrar nada de utilidad en el despacho de Mary, Amanda fue directa a la cocina donde se topó con Abigail inclinada sobre la chimenea con un montoncito de leña entre los brazos.

—Buenos días, Abigail.

La cocinera soltó un grito al escuchar la voz de Amanda y miró por encima del hombro. Aún estaba de rodillas frente a la rudimentaria chimenea cubierta de cenizas. Tenía los ojos hinchados como si se acabara de despertar.

—¡Por dios, señorita Amanda! —protestó la mujer, llevándose la mano libre al pecho—. Me ha dado un buen susto.

No era habitual que las señoras se levantaran antes del alba, por lo que Abigail no había esperado encontrarse a una de ellas pululando por la cocina.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó, ojeando la estancia. Las sirvientas no solían cargar con leña, pues esa era la típica tarea que se encargaba a un siervo. No obstante, el de Abigail había fallecido de neumonía hacía varios meses—. ¿Aún no te han proporcionado un siervo nuevo?

Abigail continuó colocando los palillos en el centro del hogar mientras negaba con la cabeza.

—No tienen ninguno disponible en el andrónicus —explicó—. Tengo que esperar a que se muera alguna de la zona.

Amanda soltó una risa nasal al escuchar la franqueza y naturalidad con la que Abigail hablaba de algunas cosas.

Se le borró la sonrisa cuando la sirvienta divisó a Callum y se encogió asustada.

—Tranquila, vuelve a estar infectado —esclareció, apretando los dientes—. Veo que estás informada sobre lo ocurrido con mi siervo.

—Sí, señorita. Menudo susto haberlo tenido en la casa así, despierto. A usted la hirió, ¿verdad? —Abigail se puso de pie y ojeó a Callum con desconfianza.

Amanda suspiró.

—Abigail, ¿sabes la bebida nocturna que se le da a los siervos?

—Pa' dormir bien, sí, señorita.

—¿De qué está compuesta?

—Es un tónico de vino, señorita. Recomendación de la doctora. Algunas mujeres también lo toman cuando contar ovejas no funciona. —Abigail soltó una risotada con eso último.

Amanda nunca se había planteado la costumbre de dar dicho tónico tras la cena a los hombres de la casa, era algo que había crecido viendo.

—¿Quién prepara los tónicos en esta casa?

Abigail frunció el ceño, confusa ante su pregunta.

—Normalmente lo hace Delia. Ella los prepara y Peter los lleva al comedor —explicó la mujer, extrañada, pero sin atreverse a preguntar por sus motivos para querer saber todo eso.

Peter era el siervo de Delia, y hubiera sido muy fácil para Mary interceptar al hombre de camino al comedor y añadir el contenido del antídoto a la copa de Callum. Amanda estaba casi segura de que había sido así como había ocurrido. Delante de sus narices.

—¿Puedo ver la botella?

—Claro, señorita —respondió Abigail retirándose hacia la despensa. Regresó con una botella de Wincarnis de tamaño medio. La etiqueta aseguraba que se trataba de una cura para numerosas afecciones como la anemia, el insomnio, la depresión y la confusión mental, de ahí que las comerciantes lo hubieran puesto de moda como tónico para siervos, asegurando que serían más rápidos y espabilados de tomarlo a diario.

—Voy a llevármela —anunció y Abigail se limitó a asentir en silencio, no sin cierta desconfianza reflejada en su rostro. Solo las siervas discretas lograban trabajar en las mejores casas del pueblo y la cocinera lo sabía.

Se dirigió a la habitación de Callum y cerró la puerta tras ellos. Estaba todo como lo habían dejado antes de fugarse al bosque.

Amanda se plantó frente a Callum y descorchó la botella del tónico medicinal. Un fuerte hedor a alcohol mezclado con una amalgama de especias invadió la estancia.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó alzando la voz mientras inhalaba el interior de la botella, procurando aislar el olor del alcohol de todo lo demás—. Parece que noto algo de cilantro, cardamomo y... ¿menta? ¿Tú qué crees, Callum?

El muchacho continuó, impasible, frente a ella. Desde que se infectara, ya nunca respondía a preguntas sobre su opinión.

—Aspira —le indicó Amanda algo irritada, pegando la abertura de la botella a su nariz—, ¿recuerdas si el que te servían olía diferente?

Nada.

—¡Maldita sea, Callum! —Estalló y se le cayó de las manos, derramando el dulce líquido rojizo por el suelo. Se agachó para levantar la botella y se quedó mirando el charco que se había formado como si la hubiera hipnotizado. Se sintió como si estuviera hecho de su sangre y eso explicara porque se sentía tan débil. Alzó la vista hacia el muchacho, que seguía mirando la pared como si nada, y se le humedecieron los ojos—. ¿Cómo se supone que voy a ayudarte si no colaboras? ¿Cómo voy a hacer esto sola?

Pero el nuevo Callum tampoco respondía a preguntas complejas, ni a las retóricas, ni a ninguna que requiriera cualquier tipo de pensamiento independiente.

Estaba sola.

Sola con la cáscara vacía de su compañero.





—¿Amanda? —La voz de Isolda la sobresaltó y la obligó a cerrar el libro que estaba inspeccionado en busca de pistas. Su madre tenía la costumbre de guardar notas entre los libros de sus estanterías y, aunque había cientos de tomos y le llevaría siglos revisarlos todos, Amanda no sabía qué más podía hacer. Mary se negaba a darle información y en el andrónicus le habían dejado claro que no sabían nada del experimento y mucho menos del antídoto. Había revisado los archivos de la biblioteca de periódicos antiguos, había leído todos los artículos que había encontrado relacionados con la enfermedad, pero ni rastro de la cura.

Su prima se asomó por el quicio de la puerta y la observó con ojos de lechuza.

—¿Qué haces ahí? Sabes que Mary no aprueba que entremos en su despacho.

—No está aquí, ¿verdad? —refunfuñó, irritada con el susto que le había dado. Siempre esperaba a media mañana, cuando su madre estaba en mitad de su jornada en el ayuntamiento para revisar su despacho.

Isolda entró en el despacho y le echó un vistazo a Callum antes de sentarse en la silla junto a la de él.

—¿Sigues enfadada por lo de tu siervo?

Amanda bufó ante la estupidez de la pregunta. No era una niña a la que le habían quitado su sonajero, era una mujer en duelo por la pérdida de otro ser humano; pero en la mentalidad de sus familiares, como la de la mayoría de las mujeres, no veían personas en los siervos y por consecuencia no reconocían la vida ni la ausencia de esta dentro de ellos.

—¿Quieres algo?

—Oh, qué mal humor tienes —protestó Isolda de morros—. ¿Qué estás haciendo con los libros de tu madre, de todas formas?

—Les quito el polvo.

Isolda frunció el ceño ante su respuesta.

—¿Crees que soy tonta?

—¿Quieres que responda o es una pregunta retórica?

La joven hizo una mueca para mostrarle lo poco divertida que le parecía. Después le echó un vistazo de reojo a Callum.

—¿No tenías miedo, Amanda? Cuando estaba despierto, quiero decir.

Le hubiese gustado responder con un no tajante, pero lo cierto es que sus días junto a Callum estuvieron plagados de miedos y dudas. Miedos en su mayoría inducidos por su educación repleta de prejuicios. El miedo era un buen combustible para los prejuicios.

En lugar de responderle, Amanda sacó otro libro y se lo entregó a su prima.

—Mira a ver si hay notas entre las páginas.

Isolda arrugó la nariz observando el libro como si fuera una araña de patas peludas, pero acabó por aceptarlo y hacer lo que le pedía.

—¿Qué se supone que estamos buscando?

—Cualquier cosa que encuentres entre las páginas, muéstramela —le indicó, tomando varios libros de la estantería y dejándolos sobre la mesa. Abrió uno por las solapas con las hojas hacia abajo y lo sacudió. Después pasó sus dedos por sus páginas para despegarlas entre sí—. Callum busca notas entre las hojas de este libro —ordenó, entregándole otro al muchacho. Necesitaba aligerar el proceso.

Callum estornudó con el polvo que desprendió su tomo y Amanda se le quedó mirando un momento. Sabía que era solo un reflejo, pero llevaba más de una semana sin verle moverse de forma natural y no como un autómeta.

Se tragó el nudo que se le formó en la garganta y se giró hacia la estantería para que su prima no viera que se le habían humedecido los ojos.

—¿Cómo es...? Ya sabes..., ¿la intimidad con un siervo despierto? —preguntó Isolda mientras ojeaba el segundo ejemplar.

Amanda se aclaró la voz antes de responder.

—¿Para qué quieres saber? Tampoco sabes cómo es la intimidad con un hombre infectado. No es que puedas comparar.

Isolda soltó un já burlón.

Amanda se dio la vuelta de golpe y la contempló ceñuda.

—¿A qué viene eso? —inquirió con sospecha.

Isolda puso un morrito haciéndose la interesante.

—Nada.

—¿Isolda? —insistió con tono de advertencia.

—¿Se lo contarás a mi madre si te lo digo?

Amanda negó con la cabeza.

—Hay un par de chicas en el pueblo que te permiten «probar» a sus siervos a cambio de un chelín.

La miró horrorizada.

—¿A qué te refieres con probar?

Isolda esbozó una sonrisa pícara, dejando claro que las sospechas de Amanda eran acertadas.

—Isolda, eso es prostitución —soltó, indignada.

La muchacha rio ante su declaración.

—No digas tonterías, son solo siervos, están para eso. Además, es sano para ellos.

—¿Sano para...? ¡Por dios!, ¡son personas también! —Amanda se llevó la mano a la frente para masajearse—. ¿Te gustaría que abusaran de tu cuerpo inconsciente?

Isolda la contempló con una expresión resabida.

—Lo dices como si tú no le hicieras lo mismo a él —señaló a Callum y después se sorprendió al fijarse en la expresión de Amanda—. ¿No lo haces?

Negó con la cabeza con una expresión avergonzada. Era muy incómodo hablar de su intimidad con Callum con otra persona, y más con él delante.

—Nada, desde que perdió la consciencia —corroboró ante la mirada atónita de su prima.

—Enfermará si lo mantienes así —vaticinó, cruzándose de brazos.

Amanda tragó saliva.

—¿De qué estás hablando?

—¡Oh, vamos!, todo el mundo sabe que los hombres necesitan aliviarse con asiduidad o caen enfermos.

—¡Estás exagerando! —replicó Amanda, aunque le vino un recuerdo de la noche en la que Callum le pidió que le dejara tocar sus pechos. Después le aseguró que estaba enfermo y que, incluso, podría morir. Amanda sabía que era una exageración, fruto de la ignorancia de Callum respecto al deseo que lo estaba consumiendo. No obstante, él habló de dolor aquella noche. ¿La frustración postergada podía llegar a hacerle daño?

—Lo... Lo consultaré con la doctora —tartamudeó, incómoda. Había creído que cuidaba bien de Callum, pero quizá su peculiar relación ama-siervo tuviera consecuencias negativas para su salud que ella no había considerado.

Isolda puso los ojos en blanco.

—No te entiendo, Amanda —declaró con una mueca—. Se supone que lo amabas, ¿no? Y él te amaba a ti. Entonces, ¿por qué te niegas a algo tan natural?

—¡Porque no es él! —estalló, dando un golpe en la mesa que sorprendió a su prima—. Eso no él, es solo el fantasma de lo que fue...

Isolda alzó una ceja al ver que Amanda rompía a llorar.

—¡Vete!, ¡déjame sola! ¡Tú no entiendes nada!

La chica suspiró, pero se levantó para marcharse.

—¿Sabes lo que dijo Mary cuando te fugaste con él? —indicó antes de salir por la puerta—. Dijo que por culpa de Callum ya no eres la misma y tiene razón. Solías ser

templada, y, desde que llegó tu siervo..., bueno, estás de lo más alterada. Apenas te reconozco, Amanda.

Las palabras de su prima le produjeron una profunda desazón. No porque estuviera juzgando su nuevo comportamiento sino por la descripción que había hecho de su yo antiguo. Templada, la había llamado templada, lo que venía a ser parca, obediente, maleable, conformista... ¿Era cierto? ¿Amanda era tan dócil como la pintaban? ¿Cómo iba alguien con esa personalidad a cambiar el mundo? No podría. Por eso aún no había logrado nada porque no tenía el coraje que hacía falta para liderar una revolución.

Se quedó mirando la puerta que Isolda había cerrado tras ella durante no supo ni cuánto tiempo, después se levantó, decidida, y comenzó a tirar de todos los libros de la estantería para revisarlos a toda prisa. No se molestó en devolverlos a su lugar, sino que los lanzaba de cualquier manera al suelo para ir más rápido.

No halló nada, pero cuando terminó con todo el despacho, parecía que había pasado un tornado.

Esa sería ella a partir de ahora. Un tornado que removería cielo y tierra y arrasaría con todo hasta dejar un mundo nuevo tras su paso.

* * * *

Edith Monroe, la doctora de Crawley, vivía en la primera planta sobre la sastrería. Amanda subió por las angostas escaleras de madera seguida de Callum y llamó a la puerta de la mujer a las siete de la mañana.

Edith abrió aún en camisón y con las trenzas despeinadas.
—¿La he despertado? —inquirió Amanda, temiendo que la mujer hubiera estado hasta tarde visitando a algún paciente.

—No se preocupe —la tranquilizó, apartándose para dejarles pasar—. Son gajes del oficio.

Le indicó que tomara asiento en uno de los sofás con una tapicería verde tan desgastada que comenzaba a parecer ocre.

—No le quitaré mucho tiempo —se disculpó Amanda, sentándose con una sonrisa avergonzada—. Solo es una consulta rápida.

Edith asintió a la espera de que continuara.

—Se trata de la salud de mi siervo. —Señaló a Callum y carraspeó sin saber bien cómo formular su pregunta—. No me gusta creerme las habladurías sin consultarlo con una experta, así que he decidido hacerle una visita —carraspeó, nerviosa.

Edith alzó las cejas, pero se mostró impasible, sin duda acostumbrada a todo tipo de asuntos escabrosos relacionados con el cuerpo humano.

—¿Y bien? —La incitó ante su pausa.

—Dicen que los siervos necesitan... Descargarse habitualmente para mantener una buena salud y me preguntaba, en el caso de que sea cierto, cómo de a menudo debe ser —soltó de carrerilla.

Para su alivio la mujer no mostró ni una pizca de extrañeza ante su pregunta. Se imaginó la clase de consultas que le podían llegar a hacer al cabo del día.

—Efectivamente, tales actividades son muy saludables para ambos y pueden ejercerse con la asiduidad que la ama desee.

Amanda tragó saliva.

—Y en el caso de que la Ama no pueda... Eh..., participar por la razón que sea. ¿Considera que es necesario que el siervo sea aliviado en intervalos de tiempo concretos?

Edith se echó hacia atrás y entrelazó los dedos para contemplar a Amanda pensativa.

—Si no siente apego por este siervo puede pedir un cambio a... —comenzó a decir la mujer, pero se detuvo, perpleja, al mirar a Callum. Pestañeó varias veces y después carraspeó.

—Si el problema es que no tiene..., predilección por los siervos en general y no desea tener descendencia, no tiene por qué realizar ciertas actividades con él —propuso la doctora, con tacto.

Amanda suspiró a sabiendas de lo que estaba sospechando la mujer.

Lejos de desmentir, prefirió que pensara eso en lugar de tener que explicarle todo lo ocurrido.

—Si fuera así, si resultara que no tengo interés en practicar ciertas actividades con él y tampoco quisiera tener descendencia... ¿Sería sano para él la completa abstinencia?

La mujer miró de nuevo a Callum, esta vez de forma evaluativa, e inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es un muchacho joven y fuerte... Lo cierto es que, a la larga, la abstinencia total puede llegar a tener consecuencias para su salud física y psicológica —admitió entonces—. Existen alternativas, señorita Fairfax. Usted podría prestarlo a otras jóvenes de confianza que le aseguren que lo van a cuidar y velar por su salud o... Eh, aplicar un alivio manual.

Amanda asintió mortificada y con las mejillas ardiéndole.

—¿A cada cuánto recomienda que lo haga? —insistió.

Edith suspiró pensativa.

—No soy una experta en esta materia, pero me atrevería a decir que día sí y día no ahora que es joven —apuntó, convencida con su propia recomendación.

Amanda asintió satisfecha por haber obtenido una indicación médica clara de cómo cuidar de Callum mientras estuviera inconsciente. Ahora solo le quedaba asegurarse de que no fuera por mucho tiempo.

* * * *

De rodillas, Amanda introdujo el pico del punzón que había tomado prestado de la cocina en el diminuto ojo de la cerradura del dormitorio de su madre. Jugó en vano con la herramienta intentando forzar el pestillo, pero no logró que cediera. Soltando una exclamación de irritación, se levantó y comenzó a darle patadas a la puerta.

—Mary ya está furiosa por el desastre que armaste en su despacho. —La voz tras ella la hizo detenerse. Era su prima Henrietta, contemplándola con evidente preocupación—. Sería conveniente que no lo empeoraras —prosiguió la muchacha, dando varios pasos hacia ella.

—No me importa, más enfurecida estoy yo —rebatió—. ¿Tenemos hachas?

Henrietta alzó las cejas y se sacó algo del bolsillo del pantalón.

—No será necesario —declaró, ofreciéndoselo a Amanda. Se trataba de una llave negra mientras que las de la casa eran de bronce.

—¿Qué es eso?

—Una cebolla... ¿Tú qué crees que es? —se burló Henrietta—. Es la llave del dormitorio de Mary.

Amanda la giró en su mano.

—Pero es negra.

—Las sirvientas tienen copias de las llaves para poder limpiar las habitaciones y las suyas son de ese color.

Amanda abrió la boca sorprendida con esa información e introdujo la llave que giró sin oponer resistencia permitiéndole abrir la puerta.

Antes de que pudiera entrar, Henrietta le puso la mano en el brazo.

—Espero que encuentres lo que buscas de una vez y que eso te devuelva la paz —declaró, exponiendo su motivo para ayudarla—. No le digas a Mary que yo te di la llave.

Asintió, agradecida, y entró en el cuarto de su madre. Estaba ordenado y pulcro, aunque el halo de luz se colaba entre la abertura de las cortinas, mostraba partículas de polvo danzante en el aire.

Había un par de libros sobre la mesita de noche, pero, tras revisarlos, Amanda no encontró ninguna nota dentro de estos. Quizá Mary había abandonado esa costumbre.

En el primer cajón halló un ungüento preparado por la boticaria, un antifaz, unas gafas de lectura y gorro de dormir.

En el segundo, había más libros, de uno de ellos cayó un dibujo de toda la familia reunida que había hecho Cassandra. O, al menos, de las mujeres de la familia. Amanda no hubiera notado ese detalle antes, pero ahora su visión del mundo había cambiado para siempre.

En el tercer cajón, Mary guardaba calcetines de lana para mantener los pies calientes en las frías noches inglesas.

Revolvió los cajones de la cómoda también donde solo había ropa y nada más. Después, abrió el armario y fue metiendo la mano en todos los bolsillos que tenían las prendas allí colgadas hasta que sus dedos se toparon con un papel doblado dentro del bolsillo de una chaqueta.

Lo desdobló para leerlo y se encontró con un nombre que no conocía y una dirección de Londres escrito en la letra de su madre.

—Jemina Price —leyó en voz alta, tratando de recordar si había escuchado ese nombre antes. Que ella supiera, su madre no tenía amistades en esa parte de Londres ni era su costumbre viajar sin explicarle a la familia sus motivos. No obstante, Amanda recordó que unas semanas antes de su cumpleaños dieciocho, Mary se había ausentado unos días para acudir a una convención sobre raíles en Londres. Quizá fue entonces cuando visitó a la señora Price, pero, ¿quién era? ¿Por qué iría a verla a su residencia?

Era la mejor pista que había encontrado hasta el momento y merecía la pena investigarlo, aunque tuviera que desplazarse hasta la capital.

Amanda se guardó la nota en el bolsillo y cerró el armario procurando dejarlo todo como lo había encontrado. Si Jemina Price tenía algo que ver con el experimento de Callum, no quería que Mary le advirtiera con antelación de que Amanda iba a buscarla, sino que prefería sorprender a la mujer de imprevisto.

—Vamos, Callum —le dijo al muchacho conforme salía del cuarto de su madre para dirigirse a la buhardilla—. Nos vamos a Londres.

